



Carta de Navidad del Hermano Superior 1974

CASA GENERALIZIA
dei Fratelli delle Scuole Cristiane
Via Aurelia, 476 ● C.P. 9099
I - 00100 Roma, Italia

Roma, 8 de diciembre de 1974
fiesta de la Purísima Concepción.

Querido Hermano:

Al acercarse las fiestas de Navidad y Año Nuevo, le envió una vez más mi carta personal de fin de año para desearle las bendiciones de paz y alegría que Cristo vino a traer a la tierra. Con Vd. pido ahincadamente al Señor que el año 1975 sea para toda la humanidad un año en que la justicia, la paz y la solidaridad humana alcancen cotas más altas que las logradas en años anteriores.

Quisiera aprovechar la ocasión para solicitar su contribución personal y valiosísima a una mejor preparación de nuestro Capítulo General de 1976. Ya está prestando tal colaboración de modo muy señalado en este día de la Purísima, cuando conmigo y con todos los Hermanos del mundo, responde Vd. al cuestionario que ha sido preparado por la subcomisión que actúa de acuerdo con la Comisión Preparatoria del Capítulo. Dentro de unos meses, al elegir a los representantes de su Distrito para el mismo Capítulo, lo hará con el exacto sentido de corresponsabilidad que asegurará el éxito de la Asamblea y el futuro de nuestro Instituto. Los Capitulares que

elija entonces necesitarán su generosa colaboración para preparar intervenciones valiosas durante el Capítulo. Finalmente, hemos de tener muy presente que necesitamos orar mucho para que el Espíritu Santo sea nuestro primer Valedor en todos los preparativos del Capítulo y a lo largo del mismo.

Ha sido para mí una ventaja inapreciable y un motivo de alegría el haber podido tener un contacto fraterno con casi todos los Hermanos del mundo en mis visitas a nuestras provincias en los seis continentes. Por tanto, no escribo ahora a un extraño sino a un hermano querido que ha sido para mí fuente de bendiciones. Pero, entre tantos Hermanos como leerán esta carta, los habrá también para quienes en cierto modo continúo siendo un desconocido, porque diversas situaciones políticas me han impedido visitarlos. Si Vd. se cuenta entre éstos, sepa que en modo alguno es para mí un extraño, ya que ambos participamos de la condición de hijos espirituales de San Juan Bautista de La Salle, nos sentimos animados por unos mismos ideales espirituales, hemos hecho los mismos votos y nos esforzamos igualmente por vivir aquel espíritu de fe que nuestro Fundador nos propuso como fundamento y guía de nuestra existencia. Por esto, aunque no nos hayamos visto, sentimos ciertamente la cercanía de nuestra fraternidad: es Vd. para mí un hermano al que reconocería dondequiera lo encontrara, como a un hijo de mi mismo padre y participante en el mismo ideal. Le tengo presente de modo muy particular al escribirle esta carta y pido al Señor le siga concediendo la fortaleza y la gracia necesarias para mantenerle fiel

a El hasta el fin: una fidelidad que atrae sobre el Instituto bendiciones sin cuento, cuyo valor sólo Dios conoce.

Cuando escribo esta carta aún vibran en mi mente y en mi corazón las emociones del Sínodo. Ha sido para mí una experiencia extraordinaria ésta de participar como miembro de pleno derecho, con voz y voto, en uno de los cuerpos consultivos más importantes de la Iglesia; el haber podido oír a obispos de todas las partes del mundo hablar de las alegrías y de las penas de sus Iglesias particulares. Quisiera ahora hacerle partícipe en algo de aquellas impresiones en mí más profundamente grabadas.

Ante todo quiero destacar el hecho de que el Santo Padre estuvo presente en la casi totalidad de las sesiones plenarias celebradas en el aula sinodal. Siguió atentamente la intervención de más de un centenar de miembros que hablaban sobre aquellos aspectos de la evangelización que ofrecen más relieve en sus diócesis, regiones o países. Pudimos ver al Santo Padre tomando notas de lo que se decía o subrayando en el texto que tenía delante los puntos de particular interés. Si la finalidad del Sínodo es hacer posible una información de primera mano para el Papa sobre la actividad de la Iglesia en todos los rincones del mundo, podemos afirmar que el Sínodo reciente ha alcanzado sus objetivos.

Otra impresión del Sínodo fue la total libertad y sinceridad con que se expresaron sus miembros en presencia del Papa. Se dijeron con absoluta franqueza tanto las verdades agradables como las desagradables; se habló abiertamente tanto de los éxitos de los representantes oficiales de la

Iglesia como de sus fracasos; fueron expuestas con claridad las especiales necesidades de la Iglesia en los países en vías de desarrollo y se sugirieron, con toda sencillez y honradez, soluciones que desde un punto de vista « romano » podían considerarse como impopulares. Si la finalidad de un Sínodo es también hacer que los obispos del mundo, junto con el Santo Padre, se ocupen colegialmente del cuidado de la Iglesia, me atrevo a repetir otra vez que el Sínodo ha constituido un éxito por cuanto los obispos compartieron con el Papa sus puntos de vista como pastores de la Iglesia. Otra prueba más de que esto fue efectivamente así es el hecho de que tras haber seguido atentamente a lo largo del mes las sesiones del Sínodo, el Padre Santo sintetizó sus impresiones mencionando siete áreas concretas de la evangelización, sobre las que había obtenido amplia información en el Sínodo por haber sido en él cuidadosamente examinadas y discutidas. Y señaló otros cuatro puntos que habían sido objeto de muchas intervenciones orales y escritas, pero que, según el Pontífice, necesitaban más estudio y esclarecimiento.

Me impresionó vivamente la calidad de las intervenciones de los obispos de Asia y Africa. Comparadas con las iglesias del mundo occidental, la mayor parte de las iglesias de Asia y Africa son muy jóvenes, y de modo especial lo son sus obispos. A pesar de esa su juventud, estos obispos autóctonos mostraron una sorprendente madurez en sus intervenciones, un firme sentimiento de la necesidad de unidad entre todas las Iglesias y con la Santa Sede y, al mismo tiempo, una clara conciencia de la urgencia con que se impone el que

sean autorizadas estas iglesias a crecer y desarrollarse como Iglesias africanas o asiáticas. Creo que las congregaciones misioneras pueden sentirse íntimamente satisfechas de haber preparado tales pastores para gobernar las Iglesias de Asia y Africa.

El Sínodo me proporcionó la estupenda oportunidad de hacer llegar la voz de la juventud a los oídos de los principales pastores de la Iglesia, incluido el Santo Padre. El que pudiera esto hacerse de modo adecuado se debe a la magnífica cooperación de muchos Hermanos (con algunas religiosas y sacerdotes interesados en este tema), pertenecientes a treinta y dos países en los seis continentes. Estos educadores habían organizado sesiones de discusión y reflexión, entre los alumnos de los cursos superiores, sobre estas dos cuestiones:

— ¿Qué quieren los jóvenes que la Iglesia haga para una completa evangelización de la juventud?

— ¿Cómo desea la juventud participar en la misión evangelizadora de la Iglesia?

Las respuestas que recibí, algunas de valor extraordinario, me permitieron ofrecer un panorama del pensamiento, las aspiraciones y las necesidades de la juventud así como de su desilusión ante no pocos aspectos de la vida de la Iglesia y sus puntos de vista sobre las causas por las que muchos jóvenes se alejan de la Iglesia institucional. Preparé un informe de ocho páginas, síntesis y compendio de los cientos de páginas que constituían las comunicaciones recibidas. Este informe se incluyó en la documentación distribuida a los miembros del Sínodo: fue un documento convincente, que causó la más viva impre-

sión, porque era la voz de la juventud la que hablaba, una voz escuchada con atención. De hecho la juventud llegó a ser el segundo tema en importancia entre los discutidos por los varios grupos lingüísticos. Dos de estos grupos quedaron tan impresionados por la importancia de lo que la juventud había expresado que pidieron al Santo Padre se estudiara la conveniencia de dedicar el Sínodo de 1977 al estudio del mundo juvenil.

Aun siendo muy valiosa la contribución de nuestros Hermanos y alumnos al Sínodo, sin embargo debo señalar, como lo hicieron bastantes obispos, que nuestro estudio sobre la juventud no había tocado dos grupos de jóvenes necesitados de una particular atención evangelizadora: la juventud trabajadora y la delincuente. Si el tema fuera elegido para el próximo Sínodo, ciertamente habría de ser estudiado en toda su amplitud. De todas formas, y aunque el estudio no haya abarcado todas las áreas, la juventud ha hecho una aportación notable al Sínodo, gracias a la generosa colaboración de nuestros Hermanos. Un día fui invitado a presentar a los padres sinodales los puntos relevantes del informe preparado en presencia del Sumo Pontífice. Lo hice en latín como es norma en las intervenciones del aula sinodal, gracias a la generosa ayuda de uno de nuestros Hermanos italianos, experto en lenguas clásicas.

Creo que el mejor modo de agradecerles la ayuda que me han prestado en la preparación del trabajo presentado al Sínodo será informar a los Hermanos de los puntos más destacados del mismo. Así podrán escuchar la voz de la juven-

tud, pues en las palabras de ésta hay un mensaje interesante para nosotros, educadores.

En primer lugar destaca el hecho de que, como se deduce de un gran número de respuestas, los estudiantes no tienen un concepto claro sobre la verdadera naturaleza de la Iglesia. Para unos, la Iglesia es la misa, que encuentran bastante aburrida, con sermones insulsos; para otros, la Iglesia es el párroco o el obispo, mucho más el primero que el segundo. Quizá estas respuestas sea debidas a que en mis preguntas se hablaba de la Iglesia como institución. De ellas, sin embargo, se deduce que debemos transmitir en nuestras catequesis una más clara visión de la Iglesia como misterio, como sacramento de salvación, como pueblo de Dios. Quizá unas sesiones de lectura, seguida de discusión, sobre los dos primeros capítulos de la «Lumen Gentium» harían posible que nuestros alumnos percibieran algún destello de la verdadera naturaleza de la Iglesia. Digo algún destello, porque la Iglesia es misterio inserto en la historia que ni el pensamiento ni el lenguaje humano podrán captar plenamente.

La misa fue otro de los temas salientes. El sacrificio eucarístico debería ser corazón y centro de nuestra devoción, el momento en que lográramos un contacto palpable con Cristo. Entre tantas respuestas de jóvenes que dicen que encuentran la misa parroquial insípida y aburrida, de cuando en cuando se encuentra la de algún joven o de alguna joven que afirman haber visto en la misa un acto enriquecedor, lleno de contenido, gracias a una celebración organizada en la escuela para unos pocos, o porque habían sido

invitados a participar en la liturgia comunitaria en la capilla de los Hermanos. No sé qué sugerirles, si no es la urgencia de que nos preocupemos por conseguir que la misa sea mejor comprendida y más apreciada por nuestros alumnos jóvenes. Colaboremos en la preparación y animación de la misa en la parroquia, especialmente de aquellas misas a las que acuden un gran número de jóvenes. Muchos de ellos están deseando participar activamente en la celebración, ya sea como lectores, ya proponiendo intenciones en la oración de los fieles o presentando ofrendas en el altar.

En las respuestas recibidas se encuentran no pocas críticas sobre la instrucción catequística recibida en las clases. Las quejas se refieren a la instrucción recibida tanto en la enseñanza primaria como en la media y en la universitaria. Hablan de desinterés por parte de algunos profesores, que no mantienen contacto con los problemas y las necesidades de la juventud. Critican una enseñanza carente de método, unas lecciones frías y cerebrales, en las que no queda lugar para el corazón, unos profesores más ganosos de controversias teológicas que de ayudar a los jóvenes hambrientos del pan de vida. En mi grupo de trabajo del Sínodo, se discutió con cierta amplitud el problema de la catequesis. Todos los miembros del grupo eran conscientes de las dificultades con que tropiezan en nuestros días los profesores de religión: confusionismo teológico, dificultades en los métodos, desconfianza por parte de algunos padres y de sacerdotes de cierta edad, nuevos libros de texto que obligan a cambiar los modos de exposición y, consiguientemente, provocan la

desgana de quienes se muestran reacios a pasar de los métodos o textos habituales a otros para los que se consideran mal preparados.

Quizá sea ésta una ocasión providencial para que renovemos nuestra dedicación a la misión de instruir y formar religiosamente a los jóvenes, para que releamos y meditemos los artículos 35 a 42 de la Declaración del Capítulo General de 1966, para que examinemos si nuestra enseñanza religiosa es meramente libresca, o si por el contrario está orientada en función de las necesidades y aspiraciones de la juventud actual. Cuando descubría en varias de las comunicaciones recibidas de nuestros jóvenes alumnos la denuncia de una instrucción catequística que parece dirigida tan sólo al entendimiento y no al corazón, me acordaba de que nuestra tradición catequética lasaliana ha prestado siempre particular atención a dos momentos: la *reflexión de la mañana*, en la que se habla a los alumnos de corazón a corazón, y la clase diaria de religión en la que los instruimos metódicamente. Quizá sea ésta una ocasión providencial para restablecer nuestra tradicional *reflexión* como exhortación dirigida de persona a persona. Volviendo a otra de nuestras tradiciones, si es que la hemos abandonado en algún modo, empeñémonos en hacer de nuestras clases de religión no una mera exposición teológica sino una aplicación existencial de las verdades que transmitimos a las necesidades y aspiraciones de nuestros alumnos. Finalmente, no echemos en olvido tampoco otra tradición lasaliana, la de sazonar nuestra enseñanza con la sal del Evangelio, para que nuestras clases de religión sean realmente cristianas.

Tanto en las respuestas de nuestros alumnos como en las intervenciones de los obispos en el Sínodo se insistió repetidas veces en que la evangelización del mundo debe empezar por nosotros mismos, que debemos ser nosotros los primeros evangelizados. Este punto dio lugar a múltiples consideraciones. Quisiera, al menos, referirme a una de ellas, en estrecha relación con lo dicho en el párrafo anterior.

Si queremos conseguir que nuestros alumnos piensen conforme al Evangelio, si queremos que lleguen a saborear sus excelencias, si deseamos prepararlos para vivir según los ideales del Evangelio hasta llegar a transformarse en otros Cristos, habremos de tomar más en serio las enseñanzas de San Juan Bautista de La Salle, referentes al estudio y la meditación del Evangelio, a la incorporación del Evangelio a nuestras vidas.

Con el fin de ayudarme en la preparación del Sínodo, uno de nuestros Hermanos Visitadores preparó una encuesta entre todos los finalistas de su distrito. En las respuestas a una de las preguntas propuestas se descubrió que tan sólo un 10% de los encuestados habían leído los cuatro evangelios, y otra de las preguntas reveló que sólo llegaban a ese mismo 10% el número de los que leían el Evangelio de cuando en cuando. Parece claro que en tal distrito no estamos formando hombres que piensan según el Evangelio. Pero, ¿es mejor la situación en otros distritos? Creo que no sería erróneo afirmar que si no estamos haciendo de nuestros alumnos hombres que piensan según el Evangelio es porque *nosotros* no somos fieles a la tradición que nos viene de La Salle, cuando nos invita a leer el Evangelio todos

los días y a hacer de él el tema de nuestras meditaciones. En el *nosotros* de esta frase me incluyo yo mismo ciertamente. ¡Mea culpa!

Señalaba en las páginas precedentes de esta carta que la juventud fue el segundo tema en importancia en las discusiones de los grupos de trabajo. El tema más discutido, en todos y cada uno de los doce grupos de trabajo, fue la vida espiritual del evangelizador como condición *sine qua non* de la efectividad de su apostolado. Resulta interesante constatar que, en muchísimas respuestas a la encuesta hecha en nuestras clases, los jóvenes insisten precisamente en ese punto. En todas las discusiones de grupo y en muchas intervenciones en el aula sinodal los obispos exhortaron a la jerarquía, al clero, a los religiosos a profundizar en su vida espiritual, a intensificar su vida de oración, a fin de que el pueblo a quien servimos, en nuestro caso los jóvenes, pueda descubrir en nuestras vidas los frutos de la doctrina que les enseñamos. Muchos obispos manifestaron que habían descubierto en sus diócesis la presencia de un espíritu de oración renovado, y que eran precisamente los laicos los más comprometidos en este nuevo estilo de oración. Hablaron de oración en común en las reuniones organizadas entre estudiantes universitarios, de grupos carismáticos de oración, de grupos reducidos de familias unidas para orar, de la renovación de ciertas devociones caídas en desuso con el tiempo. Era casi unánime en el Sínodo la convicción de que el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, está laborando de modo bien patente en la Iglesia de hoy, moviendo al pueblo a orar, a meditar el Evangelio, a entregarse a la

contemplación. No me cabe ninguna duda de que el Espíritu Santo está actuando en nuestro Instituto invitándonos a una vida de oración más intensa, a volver a la meditación, ejercicio en el que tanto insistía y con tanto ahinco San Juan Bautista de La Salle. Es vital que nuestra respuesta a esta moción del Espíritu sea positiva, que hagamos de nuestras comunidades centros de oración entre nuestros colaboradores seculares y entre nuestros alumnos, que invitemos a aquellos de nuestros colaboradores y de nuestros alumnos bien dispuestos para ello a tener con nosotros, de cuando en cuando, una hora de oración participada. Si en nuestras comunidades y en nuestros centros escolares no se respira una atmósfera de oración, no podremos conseguir plenamente la evangelización de nuestros alumnos, ni comprometerlos verdaderamente en la misión evangelizadora.

Esto me lleva a tratar de otro punto, al que se dio particular importancia en el Sínodo: que debemos comprometer a los laicos en la acción evangelizadora. Muchos obispos de áreas geográficas muy diversas subrayaron que el laicado es un factor importantísimo en la evangelización del mundo moderno. Algunos hablaron de la urgencia de incorporar al laicado a esta misión por la escasez de vocaciones sacerdotales, por el aumento del número de creyentes y el aumento general de la población. Otros, y éstos fueron los más numerosos, insistieron en que se trata de un deber inherente a nuestro bautismo, el ser colaboradores de Cristo en la salvación de la humanidad, y que ejercitar la misión evangelizadora es deber y derecho que dimana de nuestro renacer en Cristo

por el bautismo. El mismo Pablo VI, al hacer la síntesis de las discusiones del Sínodo y dar su particular apreciación sobre cuanto allí había oído, unió su voz a la voz de tantos de « nuestros hermanos obispos » para exhortar al laicado a ejercer ese derecho, a ser parte activa en la misión de evangelizar al mundo moderno. E insistió de modo especial en la importancia del papel de la juventud y de los padres. Por tanto, de modo implícito, se destaca la importancia de nuestra misión de religiosos educadores cuando, al actuar como formadores, animadores y guías de la juventud que nos ha sido confiada, la preparamos tanto para ejercitar el ministerio de la evangelización de sus semejantes, como para ser buenos padres de familia, que inculquen el espíritu del Evangelio en esa pequeña comunidad de fe que es la familia cristiana. Esta es una parcela muy importante de nuestro ministerio educacional, de nuestra misión evangelizadora entre los jóvenes. Los jóvenes que respondieron a nuestras preguntas sobre la juventud y la evangelización tenían muchas cosas que decir sobre lo que creían que la Iglesia debía hacer por ellos, pero apenas hablaron de lo que ellos deberían hacer para ser miembros activos en la obra de evangelización. Algunos parecían, incluso, sorprendidos por tal pregunta y afirmaban que la evangelización es cometido de los representantes oficiales de la institución eclesiástica. La mayor parte no sabían qué responder al no haber tenido en su familia ningún ejemplo de compromiso y participación en la obra evangelizadora. Aquí y allí pude notar que los Hermanos, las religiosas o los sacerdotes que trabajan con los jóvenes les habían sugerido po-

sibles cauces para su actividad evangelizadora, pero casi siempre sin conseguir sacarlos de su confusio-nismo. Sin embargo, de sus respuestas podría deducirse su buena disposición para colaborar en dos sentidos:

— la celebración litúrgica. Los jóvenes creen que en este campo su ayuda puede ser útil a la parroquia, particularmente a la juventud de la parroquia, si se les ayuda con algunas orientacione, si se les permite participar en la preparación de la misa y durante la misma y poner en práctica sus propias iniciativas;

— la promoción de la justicia. Este es un campo de acción que también reclaman para sí los jóvenes. Solicitan consejo y dirección por parte de los adultos, pero también libertad para trabajar en favor de la justicia sin interferencias inoportunas.

Por mi parte, quisiera añadir una tercera sugerencia que sólo aparece en unas cuantas respuestas: es la posibilidad de constituir pequeñas comunidades de fe, de oración y servicio. Pienso que deberíamos estimular estas iniciativas, haciendo ver a estos jóvenes que también la familia es una pequeña comunidad natural, dentro de la cual pueden ellos ser la levadura de que habla el Evangelio. Lo mismo cabe decir de las comunidades escolar y parroquial.

En una palabra, quisiera hacerles sentir la necesidad de obtener la máxima rentabilidad de esa maravillosa oportunidad que tenemos de participar en la evangelización del mundo moderno, preparando a los jóvenes que están en nuestras manos para asumir sus responsabilidades en la obra de evangelización.

Me quedan muchas cosas por decir sobre este tema. Fueron tantas y tan llenas de contenido las ideas que surgieron a lo largo del Sínodo y todas ellas, con su mensaje para nosotros, educadores, quiero compartirlas con Vd., querido hermano, como regalo personal de Navidad y Año Nuevo, con el fervoroso deseo de poder, de este modo, proporcionarle nuevos ánimos para llevar adelante su importantísima misión en la evangelización del mundo moderno y, al propio tiempo, fortalecer su vocación que, en palabras de un obispo africano, «debe recibir siempre la máxima estima y ayuda, puesto que nuestros jóvenes están muy necesitados de la simpatía, la comprensión y la dedicación que les proporcionan generosamente los Hermanos».

Si, por una feliz casualidad, conserva todavía mi carta de Navidad, del año 1972, le sugiero que la lea de nuevo porque su tema, la promoción de la justicia en el mundo, está en estrecha relación con el tema de la evangelización. Estas dos cartas se complementan mutuamente.

Que el Señor bendiga su renovada consagración a su servicio y al servicio de la juventud, que viene a nosotros « pidiendo pan », el pan de la vida que partiremos con ellos en nuestras instrucciones animadas de celo. Vivamos en íntima unión con el Espíritu Santo para que El hable por nosotros y actúe por nosotros.

Fraternalmente suyo en Cristo,

Blessen Charles Henrey